

minotauro

PHILIP K. DICK

PODEMOS
FABRICARTE



PHILIP K. DICK

PODEMOS FABRICARTE

minotauro

Podemos fabricarte

© 1972, Philip K. Dick

All rights reserved

Originalmente publicado como *We Can Build You* por DAW Books, inc.,

Nueva York, en 1972. copyright de la publicación serializada

© 1969, 1970 por Ultimate Publishing co., inc.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2018 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Juan Pascual Martínez, 2018

ISBN: 978-84-450-1218-5

Depósito legal: B. 1.947-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

1

Nuestra técnica de ventas se perfeccionó a principios de los años setenta. Lo primero que hicimos fue poner un anuncio en un periódico local, en la sección de clasificados:

Espineta y órgano electrónico, procedente de embargo, en perfecto estado, SACRIFICIO. Se requiere pago al contado o buen riesgo crediticio en esta zona para hacer frente a los recibos mensuales y evitar tener que asumir el transporte de vuelta a Oregón. Contactar por escrito con: Compañía de Pianos Frauenzimmer. Señor Rock, gerente de créditos, Ontario, Oregón.

Llevamos publicando este anuncio desde hace años en los periódicos de una ciudad tras otra a lo largo y ancho de los estados occidentales y tierra adentro hasta llegar a Colorado. Todo el enfoque se desarrolló sobre una base científica y sistemática: utilizamos mapas y los fuimos comprobando exhaustivamente para no pasar por alto ninguna ciudad. Disponemos de cuatro camiones de turbina, siempre en la carretera, con un empleado en cada uno de ellos.

Así pues, ponemos el anuncio en el *San Rafael Independent Journal*, por ejemplo, y no tardan en comenzar a llegarnos cartas a nuestra oficina de Ontario, Oregón, donde mi socio Maury Rock se encarga de toda esa parte. Revisa las cartas y elabora listas, y cuando tiene contactos suficientes en una zona concreta, digamos alrededor de San Rafael, mandamos un mensaje nocturno al camión. Supongamos que quien está en el condado de Marin es Fred. Cuando le llega el mensaje, saca su mapa y hace una lista de las llamadas en el orden adecuado. Luego busca una cabina telefónica y llama al primer posible cliente. Mientras tanto, Maury ha contestado por correo aéreo a todas las personas que han mandado un mensaje en respuesta al anuncio.

Estimado Tal y Tal:

Nos ha alegrado mucho recibir su respuesta al anuncio que publicamos en el *San Rafael Independent Journal*. La persona encargada de este tema lleva varios días fuera de la oficina, así que hemos decidido darle su nombre y dirección para que contacte con usted y lo informe de todos los detalles.

La carta continúa con una perorata, pero lo cierto es que este sistema a la empresa le lleva funcionando desde hace bastantes años. Sin embargo, las ventas de órganos electrónicos han caído últimamente. Por ejemplo, en la zona de Vallejo no hace mucho vendimos cuarenta espinetas, pero ni un solo órgano.

Este enorme desequilibrio a favor de la espineta frente al órgano eléctrico en términos de ventas provocó una discusión con mi socio, Maury Rock, y fue bastante tensa.

Volví tarde a Ontario, Oregón. Me había retrasado en el sur, en la zona de Santa Mónica, porque algunos fariseos habían avisado a ciertos agentes de la ley para que inspeccionaran nuestra empresa y nuestro modo de actuar. No fue más que un acto innecesario que no condujo a nada, por supuesto, ya que todas nuestras operaciones mercantiles son estrictamente legales.

Ontario no es mi ciudad natal, ni la de nadie. Yo vengo de Wichita Falls, Kansas, y cuando ya estaba en edad de ir al instituto nos mudamos primero a Denver, y luego a Boise, Idaho. En cierto modo, Ontario se puede considerar como las afueras de Boise. Está cerca de la frontera con Idaho —que se cruza por un largo puente metálico— y es un paraje llano, lleno de granjas. Los bosques de la zona oriental de Oregón no comienzan tan tierra adentro. La industria más importante es la fábrica de puré de patata Ore-Ida, sobre todo su departamento de electrónica, y también hay un montón de granjeros japoneses a los que trasladaron allí durante la segunda guerra mundial y que cultivan cebollas o algo así. El tiempo es seco, las casas son baratas y la gente hace sus compras en Boise, que es una ciudad que no me gusta porque no hay ningún restaurante chino en condiciones. Está cerca de la Senda de Oregón, y el tren pasa por allí en su camino a Cheyenne.

Tenemos la oficina en un edificio de ladrillo del centro de Ontario, frente a una ferretería. Alrededor del edificio han crecido lirios, cuyos colores resultan muy agradables de ver cuando llegas en coche procedente de las carreteras desérticas de California y Nevada.

Así pues, aparqué mi polvoriento Chevrolet Magic Fire descapotable de turbina y crucé la acera hasta nuestro edificio y el cartel que rezaba:

SAMA es el acrónimo de Sistemas Acústicos Múltiples de América, un nombre de corte electrónico que inventamos a raíz de nuestra fábrica de órganos eléctricos, en la que estoy muy involucrado por mis lazos familiares. Fue a Maury a quien se le ocurrió lo de la Compañía de Pianos Frauenzimmer, ya que era un nombre que encajaba mejor con nuestras operaciones de transporte con camiones. Frauenzimmer es el apellido original de Maury. Lo de Rock también se lo inventó. Mi verdadero nombre es Louis Rosen, que quiere decir ‘rosas’ en alemán. Un día, le pregunté a Maury qué quería decir Frauenzimmer, y me contestó que ‘habitación para mujeres’. También le pregunté de dónde se había sacado el nombre de Rock.

—Cerré los ojos y toqué al azar uno de los volúmenes de la enciclopedia, el que iba desde Rock hasta Subud.

—Pues te equivocaste —le dije—. Deberías haberte llamado Maury Subud.

La puerta de entrada al edificio data de 1965, y deberíamos cambiarla, pero no tenemos dinero suficiente. La empujé para abrirla, y aunque es grande y pesada, gira sin problemas. Me dirigí al ascensor, uno de esos viejos cacharros automáticos. Un minuto más tarde ya estaba arriba, en nuestras oficinas. La gente bebía y hablaba en voz bastante alta.

—Nos hemos quedado atrás —me dijo Maury nada más verme—. Nuestro órgano electrónico está obsoleto.

—Te equivocas —le contesté—. En realidad, la tendencia es hacia el órgano electrónico porque así es cómo Estados Unidos va a llevar a cabo la exploración espacial: con la electrónica. Dentro de diez años, no

venderemos ni una espineta al día, porque la espineta será una reliquia del pasado.

—Louis, por favor, mira lo que ha hecho nuestra competencia —me replicó Maury—. Puede que la electrónica esté avanzando, pero lo hace sin nosotros. Mira el órgano Hammerstein Mood, mira el Waldteufel Euphoria, y ahora dime por qué alguien se iba a contentar igual que tú con teclear y teclear música sin más.

Maury es un tipo alto con el nerviosismo emocional del hipertiroidismo. Le suelen temblar las manos y digiere la comida con demasiada rapidez. Le han recetado unas pastillas, y si no funcionan, algún día le tendrán que dar yodo radioactivo. Si dejara de andar encorvado mediría casi uno noventa. Tiene, o tenía, el cabello negro, largo pero ralo, y unos ojos grandes. Siempre muestra un ligero desconcierto, como si todo a su alrededor fuese mal.

—Ningún instrumento musical bueno se queda obsoleto —insistí.

Pero Maury tenía algo de razón. Nuestra perdición había sido el extenso mapeo cerebral de mitad de los años sesenta y las técnicas de electrodos profundos de Penfield, Jacobson y Olds; sobre todo, sus descubrimientos sobre el mesencéfalo. Las emociones residen en el hipotálamo, y al desarrollar y comercializar nuestro órgano electrónico, no habíamos tenido en cuenta el hipotálamo. La fábrica Rosen nunca se adentró en la transmisión de impactos de corto alcance de frecuencias selectivas, que estimula unas células muy concretas del mesencéfalo, y, sin duda, habíamos fallado desde el principio a la hora de ver lo fácil, y lo importante, que sería convertir los conmutadores del circuito en un teclado de ochenta y ocho piezas blancas y negras.

Al igual que la mayoría de la gente, yo también había jugueteado con las teclas del órgano Hammerstein Mood, y lo había disfrutado. Sin embargo, no tenía nada de creativo. Es verdad que se pueden crear nuevas configuraciones de estímulos cerebrales, y con ello producir emociones completamente nuevas en la cabeza, unas emociones que de otro modo nunca habrían aparecido. En teoría, se podía incluso llegar a crear la combinación que conduce al nirvana. Las dos corporaciones, la Hammerstein y la Waldteufel, ofrecían un gran premio a quien lo lograra. Pero eso no es música. Es una forma de escape. ¿Quién quiere tal cosa?

—Yo lo quiero —me había dicho Maury ya en diciembre de 1978.

Ya continuación había salido a contratar a un ingeniero electrónico despedido de la Agencia Espacial Federal con la esperanza de que creara una nueva versión de un órgano estimulador del hipotálamo.

Sin embargo, a pesar de ser un genio de la electrónica, Bob Bundy no tenía ninguna experiencia con órganos. Había diseñado circuitos de simulacros para el gobierno. Los simulacros eran los humanos sintéticos a los que siempre he considerado robots. Se los utilizaba en la exploración de la Luna, adonde se los enviaba de vez en cuando desde Cabo Cañaveral.

No están claras las razones por las que Bundy abandonó la agencia. Es cierto que bebe, pero eso no le resta capacidad de trabajo. Se va de putas, pero eso lo hacemos todos. Probablemente lo despidieron porque era un riesgo para la seguridad. No es que sea un comunista, porque a Bundy jamás se le habría pasado por la cabeza que las ideas políticas existieran, pero sí que es un riesgo porque parece sufrir una leve hebefrenia. En otras palabras: tiende a perder la cabeza sin previo aviso.

Lleva la ropa sucia, no se peina, no se afeita durante días y no te mira a los ojos. Sonríe con expresión boba. A las personas como él los psiquiatras de la Oficina Federal de Salud Mental las llaman «deterioradas». Si alguien le hace una pregunta para la que no tiene respuesta, se bloquea y no habla. Pero con las manos es un genio. Es capaz de hacer su trabajo, y de hacerlo muy bien, así que no se le puede aplicar la Ley McHeston.

Sin embargo, a lo largo de los muchos meses que Bundy ha estado trabajando para nosotros, nunca lo he visto inventar nada. Ha sido Maury sobre todo quien se ha ocupado de trabajar con él, porque yo casi siempre ando en la carretera.

—La única razón por la que sigues apegado a esa guitarra hawaiana de teclado electrónico es porque tu padre y tu hermano la fabrican —me dijo Maury—. Por eso no puedes enfrentarte a la verdad.

—Eso es utilizar un argumento *ad hominem* —le respondí.

—Erudición talmúdica —me replicó Maury.

Era obvio que iba bien cargado, él y todos los demás. Se habían puesto hasta arriba de *bourbon* Ancient Age mientras yo estaba en la carretera encargándome del transporte, de un lado a otro.

—¿Quieres disolver la sociedad? —le solté.

En ese momento, yo estaba más que dispuesto a hacerlo, por el insulto de borracho que Maury había soltado contra mi padre y mi hermano y toda la Fábrica de Órganos Electrónicos que había en Boise, con sus diecisiete empleados a jornada completa.

—Lo que digo es que las noticias que nos llegan desde Vallejo y sus alrededores avisan de la muerte de nuestro producto principal —contestó Maury—. Incluso con sus seiscientos mil combinaciones posibles de

tonos, algunos jamás escuchados por los oídos humanos. Al igual que al resto de tu familia, a ti también te chiflan esos ruidos de vudú del espacio exterior que hacen tus cacharros electrónicos de mierda. Y tenéis la cara de llamarlo instrumento musical. No hay ni un Rosen que tenga oído musical. No metería en mi casa un órgano electrónico Rosen de mil seiscientos dólares aunque me lo vendiesen a precio de coste. Preferiría tener un juego de vibráfonos.

—¡Muy bien, vale, eres un purista! —le grité—. Y no son seiscientas mil combinaciones, son setecientas mil.

—Esos circuitos trucados solo sueltan un sonido, una única clase de sonido, por mucho que se lo modifique. Básicamente, es un silbido —replicó Maury.

—Se puede componer con eso —le recordé.

—¿Componer? Utilizar ese trasto es como crear curas para enfermedades que no existen. ¿Sabes qué te digo?: que habría que quemar la parte de la fábrica de tu familia que produce esos cacharros, o reconvertirla, Louis, cojones. Reconvertirla en algo nuevo y útil que la gente pueda utilizar durante su doloroso ascenso. ¿Me estás escuchando? —Se balanceó adelante y atrás mientras me apuntaba con el índice—. Ya estamos en el espacio, de camino a las estrellas. La humanidad ya no está anclada. ¿Me escuchas?

—Te escucho, pero si no recuerdo mal, se supone que tú y Bob Bundy erais los que estabais enfrascados en la creación de una solución nueva y útil para nuestros problemas. Y eso desde hace meses, y yo todavía no he visto nada.

—Tenemos algo, y cuando lo veas, estarás de acuerdo conmigo en que es una cosa bien orientada al futuro, sin ningún género de duda.

—Enséñamelo.

—Vale, te llevaré a la fábrica. Tu padre y tu hermano Chester también deberían venir. Es lo justo, ya que serán quienes lo fabriquen.

Bundy se puso en pie con la copa en la mano y me sonrió a su modo indirecto y furtivo. Probablemente toda esa comunicación interpersonal lo había puesto nervioso.

—Vais a llevarnos a la ruina. Tengo un presentimiento —le dije.

—Vamos camino de la ruina de todas maneras si seguimos emperrados en el órgano electrónico Wolfgang Monteverdi o lo que sea que tu hermano Chester ponga en el catálogo de este mes —me replicó Maury.

No se me ocurrió ninguna respuesta. Me limité a servirme una copa con gesto malhumorado.